

tremo de percibir los consejeros de Castilla cuarenta mil duros por año. Las Córtes habían pasado á ser una sombra y los municipios el predio de familias privilegiadas. Era tanto el silencio, tanta la atonía, que, antojadiza reina, de sangre voluptuosa y ardiente, celebraba sus báquicas y chipreas fiestas sobre las espaldas del pueblo español dormido; y para ceñir una corona al amante elevado desde el vicioso lecho á las alturas del trono, entregaba aquella mujer prostituida á los conquistadores la independencia y la honra de nuestra ilustre patria.

Pues todos estos males se curaron pronto con el bálsamo de las ideas. Y de todos estos sepulcros salieron los luminosos ángeles de la redención social. La filosofía del siglo xviii había educado en la libertad á las generaciones revolucionarias. No había remedio, las generaciones revolucionarias, así educadas, habían de traer la República.

Este nuevo espíritu tendía á encarnarse en nuevas formas. No podía ser esta forma otra que la forma republicana, única compatible por su variedad, por su amplitud con el ideal humanitario y democrático de la nueva revolución. Mas esta revolución tenía que luchar en la realidad con obstáculos casi insuperables, con obstáculos que se han quebrantado, pero no se han destruido todavía en Europa.

Una Iglesia gerárquica, imbuida de su derecho divino, cimentada en tradiciones seculares, representaba la autoridad, y la autoridad indiscutible. Esta Iglesia recoge al hombre en la cuna y lo bautiza con sus ideas; pone junto á la infancia los ángeles custodios; bendice el amor y la familia; aviva la fantasía con sus templos llenos de todos los milagros del arte; da á cada una de las necesidades más legítimas de la vida un protector en la gerarquía de sus santos, y á cada una de las facultades más fundamentales del espíritu un alimento en la serie de sus dogmas; convierte á los ojos de la tierna madre que ha perdido

un pequeñuelo el cadáver en sonrosado ángel; y cuando sólo quedan de la Naturaleza humana los restos, los despojos, como armadura quebrada y deshecha en las batallas de la vida, todavía recoge estos restos en sus sepulcros, y hasta más allá del sepulcro se comunica con las almas por su liturgia llena de relaciones con los muertos, y sus plegarias, que se pierden como las nubes de su místico incienso en la inmensidad de los cielos. Una institución así, que abraza cuerpo y alma, vida y espíritu, presente, pasado, porvenir, cuna y sepulcro, poniendo el sello de su autoridad divina, indiscutible, sagrada en todos los actos de la vida, sellaba también las almas con marca indeleble de eterna servidumbre.

Las universidades, que educaron durante la Edad Media al estado llano, y que contribuyeron poderosamente á prepararlo para la libertad municipal, sometidas á los reyes absolutos y á los pontífices, enseñaban una doctrina de argucias, de sofismas, doctrina en la cual desaparecía la realidad del espíritu y de la Naturaleza, el criterio de la razón y el criterio de la experiencia bajo tradiciones teológicas que habían pasado por su artificio á ser contradicción absoluta con toda la ciencia.

Una aristocracia territorial poseía títulos, señoríos, preeminencias que á un tiempo degradaban y empobrecían á los pueblos. La noción del derecho, que es una noción salvadora, oscurecía tras toda la legislación positiva, grande farrago de disposiciones contrarias en que, predominando la idea de la antigua jurisprudencia romana, elevábase la voluntad del príncipe á ser una especie de voluntad divina, puesto que era fuente de derecho. La administración pública aparecía como una administración cortesana. El municipio se asemejaba á la curia en los días últimos del romano Imperio por su degradación y su esclavitud. El ejército se consideraba como una guardia del monarca, y la táctica del gran filósofo, que reinaba en Prusia, lo había acabado de convertir en máquina más

sometida aún á la voluntad real. Europa era, pues, el gran feudo de la monarquía; los hombres eran vasallos. Trasmítase el poder y la autoridad sobre esos hombres, como se trasmite la propiedad á las venideras generaciones, por herencia. Y estaban de tal suerte acostumbrados á este régimen los pueblos, que ni siquiera sentían latir en su voluntad los impulsos del libre arbitrio, y en su mente la idea del derecho natural que trae consigo cada hombre á la vida.

De esta suerte se comprende cuán difícil es fundar la República en el teocrático y feudal suelo de esta vieja Europa. Sólo América puede adivinar la inmensidad de obstáculos que por todas partes nos cierran el paso. Los americanos del Norte no tenían tradiciones en el espíritu de nuevo creado por las reformas; ni ruinas en el suelo, vírgen de las antiguas leyes; huían del despotismo religioso y político de Europa é iban á fundar en el Nuevo Mundo una sociedad opuesta á la antigua sociedad europea, basada sobre la monarquía y la Iglesia; hijos espirituales eran del pensamiento emancipado; sangre sajona discurría por sus venas; la persecución no logró doblegarlos ni la conquista normanda someter su republicana secular fiereza; puritanos llamábanse en señal de su nativa integridad; que sacudiera más allá del Atlántico todas las cenizas de la Edad Media; y sin embargo, por hallarse en contacto con grandes instituciones, no tan democráticas como las forjadas en sus ideas; por hallarse en contacto con la aristocracia del Maryland, con la oligarquía caballeresca de la Carolina, y con las leyes británicas de Virginia; por haberse unido con territorios de espíritu católico y de educación monárquica, han tristemente necesitado pasar por una de las guerras más gloriosas, pero más cruentas de la historia, por la última guerra contra la esclavitud: que sólo entre las llamas se derriten ¡ay! en el mundo las pesadas cadenas de los siervos.

Pero las ideas vertidas por el siglo xviii de-

bían dar de sí más tarde ó más pronto, organismos republicanos. Las formas de gobierno encarnan el espíritu de los pueblos, como las especies encarnan la vida del planeta. Hay analogías misteriosas entre el nacimiento de ciertos organismos materiales en la tierra y el nacimiento de los organismos políticos en la sociedad. Ni la materia ni el espíritu son inertes. En su actividad, en su trabajo, el espíritu produce ideas; en su movimiento, la materia produce calor, electricidad, magnetismo, vida. Las ideas, que parecen abstractas, divulgadas por infinitos conductores, modifican las conciencias, y con las conciencias el estado social; como los grados de calor, de humedad, como las corrientes eléctricas y magnéticas han modificado los diversos terrenos del globo en su lenta y progresiva formación. Y en cuanto las conciencias se han modificado, y esta modificación de las conciencias ha traído un nuevo estado social, brotan nuevos organismos sociales, como brotan nuevos organismos materiales del estado físico, químico, biológico de las diversas regiones planetarias. En la Naturaleza, las nuevas formas progresivas vivientes tienden á reemplazar las viejas formas que permanecerán fijas é inmóviles; y lo mismo sucede en la sociedad. Cada nueva especie en la Naturaleza se forma y se mantiene en razón de alguna ventaja que posee sobre las especies con que batalla hasta que resulta la extinción de los organismos inferiores. Y lo mismo sucede en la sociedad, pues aquella forma social, aquella institución que predomine en las grandes batallas por la vida, predominará definitivamente en virtud de reales ventajas, y aniquilará todas las formas que se opongan á su existencia y desarrollo. En el capítulo X de su admirable libro sobre el *Origen de las Especies*, dice Darwin: las especies extintas no reaparecen, y las formas de la vida brotan casi simultáneamente en el mundo entero. Y esta ley del universo, añado yo, es una ley de la historia. ¿Dónde ha reaparecido la casta una

vez destruida? ¿Dónde la sociedad antigua después que el cristianismo trajo su espíritu humano y los bárbaros trajeron su espíritu individualista á la nueva sociedad? ¿Qué restauración ha sido idéntica á la forma social que ha creído renovar? ¿Y qué restauración reaccionaria no ha precipitado el triunfo de las nuevas ideas que se proponía extinguir? Y lo que decimos de la extinción de las antiguas formas sociales, decimos de la simultánea aparición de las nuevas formas sociales por todas las zonas sujetas á una misma cultura. Los pueblos en la Edad Media no tenían las relaciones que hoy. Muchos de ellos apenas se conocían, ó se conocían por la guerra que sólo engendra odios. Los pensadores vivían y morían á la sombra del claustro, y la falta de imprenta incomunicaba las inteligencias. Mas, á pesar de todas estas desventajas, la aparición de los grandes fenómenos sociales eran simultáneos casi en su desgarrado seno. Durante el siglo x, el terror teocrático sobrecoge y paraliza á todos los pueblos europeos; durante el siglo xi, sobre la tierra humedecida de sangre y bajo el ala de la Iglesia, van dibujándose los borradores de las futuras nacionalidades. En el siglo xii á un tiempo brota el inquieto espíritu que lleva los pueblos á las cruzadas, y de las cruzadas brotan las comunidades civiles, y de las comunidades civiles las raíces de las democracias. En el siglo xiii empieza el quebrantamiento del feudalismo y de la teocracia simultáneamente; y llegan á verse asaltados en el siglo xiv simultáneamente también, el feudalismo por los reyes; la teocracia por los cismas y los concilios. Pues si esto ha sucedido en siglos más atrasados, ¿no sucederá en nuestro siglo, que las ideas republicanas, formuladas por todas

las inteligencias superiores, se encarnen y se organicen y se difundan en las diversas latitudes adonde alcance este espíritu de nuestra civilización, que es y no puede menos de ser, esencialmente democrático?

Los hechos capitales históricos determinan la vida de una época, y son como el germen de larga serie de evoluciones sociales. Al caer Troya se forma el mundo griego; al caer Tiro bajo Alejandro, el espíritu griego penetra en el Oriente; al fundarse Alejandría, las tres corrientes del espíritu antiguo encuentran como un centro común; al caer Jerusalén bajo Tito, el cristianismo se difunde; al caer Roma bajo Alarico, se desarrolla el individualismo germánico; al caer Constantinopla bajo los turcos, el Renacimiento comienza: Guttenberg crea el nuevo órgano de las ideas, Rafael y Vinci el nuevo arte, Lutero la nueva conciencia, Copérnico el nuevo cielo, Colón la nueva tierra. Pues bien, así que el santuario de la antigua monarquía, Versalles, cae asaltado por los pueblos, que invisibles ideas agitan y encrespan, y llevan hasta desacatar la autoridad real, hasta arrojarla desde el trono al cadalso, el movimiento republicano de Europa, movimiento con varias y encontradas determinaciones, con diversos y opuestos aspectos, con puntos de detención y aún de retroceso, sigue y sigue, ya oculta, ya manifiestamente, unas veces en la ciencia, otras en la realidad, ya tumultuoso, ya ordenado, comenzando por convertir las monarquías absolutas en monarquías constitucionales, hasta que concluya por convertir las monarquías constitucionales en repúblicas democráticas. Nadie podrá impedirlo, nadie. Lo pide la razón; y lo impone la Providencia.

CAPITULO III.

DEL CARÁCTER REPUBLICANO DE FRANCIA.

Por su espíritu militar, por su administración centralizada, por las históricas oposiciones á los grandes señores que mil veces quisieron desmembrarla, era Francia una nación esencialmente monárquica, y podía llamársela fundamentalmente la nación por excelencia de la monarquía. En el tiempo en que la monarquía de España declinaba, y se suspendía institución tan poderosa en Inglaterra, llegaba á su apogeo en Francia bajo el nombre ilustre de Luis XIV. Y esta nación, sin salir de la forma monárquica, desenvainaba su espada al siglo siguiente de Luis XIV, en compañía de la España absolutista, á favor de la democracia universal, á favor de la democracia americana. Y llamo á la democracia americana la democracia universal, porque todos los movimientos democráticos anteriores al movimiento de los Estados-Unidos tuvieron objeto nacional. Lo tuvo el movimiento de Suiza contra Austria; lo tuvo el movimiento de Holanda contra España; lo tuvo el movimiento de Inglaterra contra el vergonzoso protectorado de Francia; pero el movimiento de América no fué sólo

contra Inglaterra, fué un movimiento más íntimo y más humano: proclamó los principios democráticos, los derechos fundamentales, como independientes de toda circunstancia histórica, como desligados de todo accidente geográfico, y declaró su universalidad. Y al empaparse Francia, la nación más monárquica de Europa, en este sentido profundamente democrático, no sólo puso á servicio de la democracia sus inmensas fuerzas militares, su vasto y autoritario organismo, sino que, nación medio germánica, medio latina, árbitra durante mucho tiempo de la larga lucha entre los pueblos católicos y los pueblos protestantes; centro geográfico de Europa; su verbo, porque, ya á la sazón, habíase difundido la lengua francesa entre las clases ilustradas; tenía, como ningún otro pueblo, aptitudes providenciales para la difusión de las ideas republicanas por el mundo, abierto á los rayos luminosos de su espíritu.

Podrán echársele en cara á Francia, como algunos escritores germanos, vacilaciones entre el espíritu alemán y el espíritu latino; in-